

Tragan voraces y rompen
 Y aniquilan todo cuanto
 Pone á su furor estorbo,
 Pone á su curso embarazo.
 Y en la humilde y blanda arena,
 O en el informe peñasco
 Donde el dedo del Eterno
 Escribe *hasta aquí*, pedazos
 Se hace su furia espantosa,
 Se estrella su orgullo insano,
 Y en espuma roto vuela
 Su poder, del orbe espanto.
El español ardimiento,
Su fe viva, su entusiasmo
Sean la meta del coloso;
 Pronunció de Dios el labio.
 Y lo fueron. — Los valientes
 De luciente acero armados,
 Los granaderos invictos,
 Los beligeros caballos,
 Los atronadores bronce
 Y los caudillos bizarros,
 Que las elevadas crestas
 De Mont-Cení y San Bernardo
 Camino fácil hicieron,
 Que las ondas humillaron
 Del Vístula, y del Danubio,
 Del Mosa, del Rhin y el Arno,
 No pueden la mansa cuesta
 Tregar del collado manso
 De Bailén, ni al pobre arroyo
 Del Herrumbral hallar vado.
 Y los que mares de fuego
 Intrépidos apagaron,
 Y muros de bayonetas
 Hundieron con un amago,
 Del español patriotismo
 A los encendidos rayos,
 Al hierro de los bisoños,
 Al tiro de los paisanos
 No osan resistir. Desmayan
 Y se fatigan en vano;
 Retroceden, se revuelcan
 En tierra hombres y caballos:
 Y las águilas altivas
 Humillan el vuelo raudo
 Ensangrentadas sus plumas,
 Hasta perderse en el fango.

Y rendidas las legiones,
 Que al universo humillaron,
 Encadenadas desfilan,
 Vuelta su gloria en escarnio,
 Ante turba que ha dos meses
 En el taller y el arado,
 Ni cargar una escopeta
 Era posible á sus manos.



¡VIVA ESPAÑA!!! gritó el mundo,
 Que despertó de un letargo.
 Al grande estruendo apagóse
 En el firmamento un astro.
 Y al tiempo que, ante las plantas
 Del noble caudillo hispano,
 Dupont su espada rendía,
 Y de sus sienes el lauro,
 Desde el trono del Eterno
 Dos Arcángeles volaron.
 Uno á dar la nueva al polo
 Su nieve en fuego tornando;
 Otro á cavar un sepulcro
 En Santa Elena, peñasco
 Que allá en la abrasada zona
 Descuella en el Oceano.

Sevilla 1839.



LA VUELTA DESEADA

ROMANCE PRIMERO

Entre aquellos olivares
 Que Torreblanca domina,
 Y ciñen de un lado y otro
 El camino de Sevilla,
 Por un atajo atraviesa,
 Para llegar más de prisa,
 Una carretela verde
 Con una gran vaca encima;
 Toda cubierta de barro,
 Tableros, muelles y viga,
 De barro seco y reciente,
 Y de tierras muy distintas.
 Cuatro andaluces caballos,
 Que en torno lodo salpican,
 En humo y sudor envueltos,
 De ella presurosos tiran.
 Y del postillon las voces
 Con que los nombra y anima;
 Del látigo los chasquidos,
 Que los acosan y hostigan;
 El són de los cascabeles,
 Y el de las ruedas que giran
 Rápidas, tras sí dejando
 Dos huellas no interrumpidas;
 Forman estruendo confuso,
 Y que viene posta avisan

TOMO II

A los carros y arrieros,
 Que hácia un lado se desvian.
 Dentro de la carretela
 Un hombre aun jóven camina,
 Que revuelve á todos lados
 La desencajada vista.
 Es Vargas: alegre torna
 De su patria á las delicias
 Despues de vagar seis años
 Emigrado en otros climas.
 Antiguos amigos halla
 En cuantos objetos mira,
 Y en árboles, tapias, lindes
 Dulces memorias antiguas:
 Lo pasado y lo presente
 Anudando va, y delira
 Entre esperanzas risueñas
 Y entre ya pasadas dichas.

Trastornos, persecuciones,
 Desventuras, injusticias,
 En sus más floridos años
 Lo arrancaron de Sevilla,
 Abandonando riquezas,
 Honores, nombre y familia,

Y dejándose allí el alma
En el pecho de Jacinta.
Jacinta, encanto y adorno
De toda la Andalucía;
Y por sus luengas pestañas,
Por su apacible sonrisa,
Por los graciosos hoyuelos
Que avaloran sus mejillas,
Por su cuerpo primoroso
Y por sus formas divinas,
Por su gracia y su talento
Y su modestia expresiva;
El hechizo de los hombres,
De las mujeres la envidia.
Diez y seis años contaba,
Cuando Vargas, ¡alta dicha!
Logró conmover su pecho
Y agitar su alma sencilla;
Al par que el amable joven
Ardió en la pasión más viva,
Al mirar á una doncella
Tan inocente y tan linda.
En sus puros corazones
Creció desde la hora misma,
Y el trato y correspondencia
Acrecentó en pocos días,
Un primer amor de aquellos
Que las estrellas combinan,
Amor que de dos personas
El destino eterno fija.
En los lazos de himeneo
A unirse dichosos iban,

ROMANCE SEGUNDO

Todo en el mundo es mudable,
Ni el bien ni el mal son eternos:
La apacible primavera
Siguió al rigoroso invierno;
A la oscura noche el día,
Y á la borrasca, que al cielo
Empañó con densas nubes
Y asustó con rudos truenos,
La calma serena y pura.
Así suelen á los tiempos
De desventuras y llantos
Seguir de paz y consuelo.
Del Rhin en la orilla helada,
Abrumado de sí mismo,
Vargas proscripto gemía
Su fortuna maldiciendo;
Cuando noticias recibe
De que la patria le ha abierto

Con el aplauso felice
De sus contentas familias;
Cuando se alzó tronadora
La borrasca embravecida,
Que, ¡infelices! confundiólos
Del infortunio en la sima.

Seis años ¡oh cuán eternos!
Vargas por tierras distintas
Huyó infelice, luchando
Del Destino con las iras,
Sin encontrar de consuelo
Ni de esperanza mezquina,
Un solo sueño de noche,
Un solo rayo de día.
Las extranjerías beldades
Estatuas le parecían,
Las ciudades opulentas
Que el orbe orgulloso admira,
Desiertos... ¡Ay! pero puede
Feliz llamarse en sus cuitas,
Venturoso en su destierro,
Fortunado en sus desdichas.
Creció el amor con la ausencia
En el pecho de Jacinta,
Que la distancia y el tiempo
Al que es verdadero, afirman.
De cuando en cuando se cruzan
Papeles que lo acreditan,
Cartas trazadas con llanto,
Cartas con el alma escritas.

Las puertas... Júzgalo absorto
Ilusion de su deseo;
Mas Jacinta se lo escribe,
Y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta... de la madre
De Jacinta... que al momento
Vuele á Sevilla, le ruega,
En donde dará Himeneo,
El día de su llegada,
A tan constante amor premio.

No la paloma, que presa
Llora en doloroso encierro,
Si acaso un resquicio mira,
Tiende apresurado el vuelo
Hacia el palomar y nido,
En donde vió el sol primero;

Ni el torrente, á quien contuvo
El malecon interpuesto,
En cuanto lo encuentra roto,
Se arroja á su antiguo lecho,
Y por él se precipita
Hacia la mar, que es su centro;
Tan veloces como Vargas
Corre, sin tomar resuello,
A Sevilla: los instantes
Son para él siglos eternos.
Montes, llanuras, ciudades,
Rios, Estados diversos
Atrás deja, y los caballos
De tardos acusa y lentos.
Ya salva las altas cumbres
Del nevado Pirineo;
Entra en España, ya escucha
La lengua de sus abuelos...
¿Qué importa? ni un solo instante
Retarda su raudo vuelo.
Halla á cada paso amigos,
Halla intereses y deudos:
No se para, corre, corre,
Que tiene en Sevilla puesto
Su afán, y hasta que descubra
La Giralda, no hay sosiego.

Apénas ha quince días
Que en las márgenes del Reno
De su Jacinta la carta
Leyó, juzgándolo sueño;
Y los caños de Carmona
Ve á su siniestra creciendo,
Y al frente la antigua puerta,
Para él la puerta del cielo.

Cualquiera mujer que mira
En mantilla y de paseo,
Que es Jacinta que le espera,
Juzga, y le palpita el pecho.
Al llegar se desengaña,
Y en otra que ve más léjos....
Jacinta fuera de casa
Está, sí, sale á su encuentro.

Era en punto medio día:
Entra por fin, y molestos
Los guardas el carruaje
Detienen corto momento.
Los maldice y les da oro,
Porque le detengan ménos:
Corre, al postillon le grita,
Y torna á marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles
Echa pestes y reniegos
A cada lenta carreta,
A cada corro interpuesto,

Que á templar el paso obliga
De los caballos ligeros,
Y anheloso á verse llega
De la ciudad en el centro.

Oye de fúnebres cantos
El triste són desde léjos,
Se aproxima, y por la calle
Que va á tomar, un entierro
Pasa. Con hachas de cera,
Pobres, vestidos de negro,
Van de dos en dos; los siguen
Las cofradías; á lento
Paso un féretro se acerca,
De un blanco paño cubierto,
Con una palma y corona
De blancas flores.... ¡Agüero
Terrible! que es de doncella
Principal y de respeto
El funeral le parece....
Hierva taciturno el pueblo
En derredor. Manda Vargas,
Turbado con tal encuentro
Que tome por otra calle,
Al postillon. Revolviendo
Este los caballos, torna
Por un callejon estrecho,
Y á la calle ansiada llega
Despues de corto rodeo.
Mucha gente en los balcones
Está, mostrando en sus gestos
Sorpresa de que en tal día
Llegue á la casa un viajero.

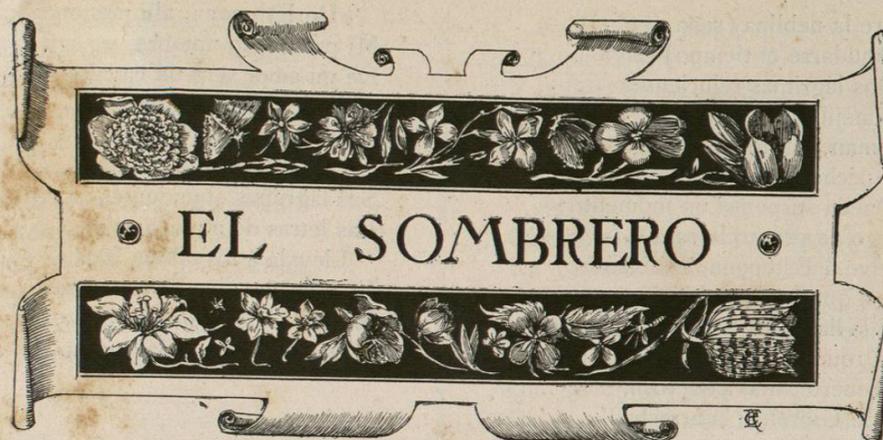
Párase la carretela;
La puerta está abierta, yermos
El ancho portal y el patio;
Reina en la casa el silencio.
De un salto Vargas se apea,
Corre á la escalera presto,
De ella por un lado y otro
De cera advierte un reguero
Reciente. Veloz la sube,
Abre la mampara.... ¡Cielos!
Colgada está la antesala
En reedor con paños negros.
Enlutada una gran mesa
Mira colocada en medio,
Y en sus cuatro ángulos arden,
Sobre cuatro candeleros
De plata, cándidas velas
Consumidas casi: el suelo
Cubren deshojadas flores,
Siempre vivas y romero.

¡Dios!... ¡pobre Vargas! absorto,
Sin voz, sin alma, y en hielo
Convertido, ni respira.
Ojos cual los de un espectro
Gira en derredor; se ahoga
Sin respiracion su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
Oye llorar allá dentro;
Cuando se abre lentamente
Una puerta que al momento
Se cierra, y un sacerdote
Que por ella sale, lleno
De lágrimas el semblante
(De dar en vano consuelo
Viene á una madre infelice),
Queda inmoble á Vargas viendo.
Vargas lo mira, y no alienta;
Mas tras de breve silencio
Rompe al cabo, y le pregunta
Con un angustiado esfuerzo:
«¿Dónde está?»... Quedóse helada
Su lengua. Fáltale aliento
Al turbado sacerdote,
Y con agitado aspecto
Alza el rostro, y levantando
La diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
Un alarido de infierno;
Huye veloz, la escalera
Baja delirante, ciego,



Nada ve, corre cual loco
Por las calles, y muy presto
Desaparece.—En Sevilla
La noticia cunde luego
De su llegada: le buscan
Sus amigos y sus deudos.
Todo, todo en vano: algunos
Dan señas de que le vieron
Junto á la Torre del Oro,
Cuando el sol ya estaba puesto.

En un remanso, que forma
El Guadalquivir, no léjos
De Gelves, á las dos noches
Unos pescadores vieron,
A la luz de escasa luna,
De un jóven ahogado el cuerpo
Vestido aún. Procuraron
Compasivos recogerlo;
Pero al llegar con la barca,
Y al agitar con los remos
El agua, veloz corriente
Llevó el cadáver. Suspenso
Siguiéronlo un corto rato
Con los ojos, y muy presto
Fué leve punto en las aguas,
Y de vista lo perdieron.



ROMANCE PRIMERO

LA TARDE

Entre Estepona y Marbella,
Una torre fulminada,
Hoy nido de aves marinas,
Y en otro tiempo atalaya,
Corona con sus escombros
Una roca solitaria,
Que se entapiza de espumas,
Cuando las olas la bañan.
A la derecha se extiende
Una humilde y lisa playa,
Cuyas menudas arenas
Humedece la resaca;
Y oculta entre dos ribazos
Forma una escondida cala,
Abrigo de pescadoras
O contrabandistas barcas.
A este temeroso sitio,
Mientras lento declinaba
A ponerse un sol de otoño
Entre celajes de nácar,
Estando el viento adormido
La mar blanquecina en calma,
Y sin turbar el silencio
De las voladoras auras,
Sino el grito de un milano
Que los espacios cruzaba,
Y los de dos gaviotas,
Cuyo tálamo era el agua;
La divina Rosalía,
La hermosa de la comarca,
Fugitiva y anhelante
Llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
Cubre un pañolon de grana,
Dejando ver negras trenzas,
Que un peine de concha enlaza;
Y de seda una toquilla,
Azul, rosa, verde y blanca,
Que las formas virginales
Del seno dibuja y guarda.
Su gallardo cuerpo adorna
De muselina enramada
Un vestido; con la diestra
Recoge la undosa falda,
Y el pié primoroso y breve,
Que apenas su huella estampa
En la movediza arena,
Más limpio desembaraza.
Bajo el brazo izquierdo tiene
Un envoltorio de nada,
Cubierto con un pañuelo,
Do el jalde y rojo resaltan.
¡Inocente Rosalía!
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
Lleno de vida y de gracia,
Desencajado se muestra!...
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...
Está haciendo, bien se advierte,
Un grande esfuerzo su alma.
Sí, los ojos brilladores,
Los ojos que tienen fama
En toda la Andalucía,
Por su fuego y sus pestañas,
En el peñon, que lejano
Apénas se dibujaba